

NOTAS Y COMENTARIOS

EL ARISTÓTELES DE HEGEL

Los nexos de Hegel con la filosofía de Aristóteles fueron siempre una suerte de enigma normalmente complicado por las interpretaciones disímiles que al respecto se proponían, pero ahora tenemos entre manos una obra destinada a servir de punto de referencia insoslayable para proveernos de un criterio esclarecido sobre este asunto.¹ El autor de este trabajo, Monseñor Marcelo Sánchez Sorondo, decano de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad de Letrán, ha llevado a cabo una tarea minuciosa acerca de un tema que hasta el presente había sido objeto de estudios insuficientes, algunos de ellos de magra relevancia y casi invariablemente tributarios de hermenéuticas teñidas de parcialidad, cuando no de un inocultable ánimo tendencioso. Las enormes dificultades para comprender qué ha sido para Hegel la especulación de Aristóteles vienen de ser encaradas por Mons. Sánchez Sorondo apoyándose en el voluminoso bagaje de interpretaciones coleccionadas durante el siglo y medio que nos separa del pensador germano, mas sin descuidar un fenómeno digno de la pertinente atención historiográfica: la bifurcación entre los puntos de vista de los filósofos aristotelizantes, cuando se ocuparon de juzgar el idealismo de Hegel, y de los escritores hegelianos que se enfrascaron en el examen de la filosofía del Estagirita. Este aspecto reviste un interés particular al percibirse la coincidencia de la fecha de la muerte de Hegel (10 de noviembre de 1831) con la publicación del *Aristoteles Graece* curado por Immanuel Bekker y editado por la Academia Real de Prusia. ¿Fue ajeno Hegel a la ebullición filosófica y filológica del aristotelismo berlinés en ocasión de los preparativos de esta monumental edición, que sigue siendo insustituible a pesar de las rectificaciones posteriores anotadas por los paleógrafos? La sucedánea evolución paralela de las escuelas hegelianas, del movimiento restaurador de las investigaciones aristotélicas y de los comentarios sobre las obras y las doctrinas del discípulo de Platón ha mantenido en todo su vigor la inquietud en torno a los vínculos entre Hegel y el gran maestro griego, pero el análisis de estos vínculos no parece haber arrojado los resultados esperados. Los partidarios de la concepción tradicional del aristotelismo criticaron con dureza la stampa teórica de Aristóteles reportada por Hegel y por sus alumnos, singularmente los que gozaron de reputación como historiarodes (Michelet, Schwegler, Zeller), así como, por otro lado, las corrientes hegelianas ponían toda clase de reparos a las acusaciones provenientes de sus contrincantes. La cierto es que el Aristóteles de Hegel quedó preso entre penumbras y confusiones hasta que en nuestro siglo se produjera el replanteo de la cuestión en términos más rigurosos que aquellos heredados de la centuria anterior.

La monografía de Mons. Sorondo consigna tres acontecimientos filosóficos como claves del cambio de situación del problema hermenéutico aquí tocado. El primero es la aparición en 1923 del ensayo *Aristoteles und Hegel* de Nicolai Hartmann, el cual, no obstante su recostamiento en ciertas prevenciones toma-

¹ MARCELO SÁNCHEZ SORONDO, *Aristóteles y Hegel. Dialéctica convergente divergente en la noción de sujeto como potencia activa*. Presentación de Cornelio Fabro. Universidades Pontificias - Herder, Buenos Aires - Roma, 1987, 368 pp.

das de Kant, que le habrían impedido compenetrarse del núcleo del pensamiento de Hegel en sus relaciones con el aristotelismo, ha inaugurado una nueva etapa en la historia de nuestro problema.² Mons. Sánchez Sorondo ya había apuntado la importancia del texto de Hartman al reeditarlo mediante una traducción española reciente.³ El segundo momento de la revisión del tema acaeció con la interpretación ofrecida por Heidegger, a quien no pasó inadvertido el ensayo de Hartmann, al estimar que la lógica y la ontología de Aristóteles habrían desempeñado una función destacada en la conformación y en el desarrollo del sistema hegeliano.⁴ El tercero es la interpretación brindada por Cornelio Fabro en su exploración del sentido del pensamiento de Hegel como culminación del desenvolvimiento especulativo de la racionalidad moderna, empresa en la cual Fabro puso en descubierto las semejanzas del enfoque hegeliano de la misión histórica del filosofar con el significado atribuido por Santo Tomás de Aquino a la coronación sapiencial de la vida cognoscitiva, pero donde también se proclama la diferencia radical entre la metafísica tomista y el enderezamiento de fondo de los esquemas intelectuales del mayor idealista alemán.⁵

La pesquisa de Mons. Sánchez Sorondo se inicia con una comparación entre Aristóteles y Hegel en lo atinente a los comienzos de la filosofía. En este ámbito tiene lugar la afirmación de ambos acerca de la primacía del acto como motivo desencadenante del filosofar, sólo que para Aristóteles el acto tiene su expresión suprema en la substancia divina, mientras Hegel la pone en la autoconciencia filosófica. El enfilamiento común hacia el acto no evitó que Hegel se distanciara de Aristóteles, por lo incumbente a la teoría de la substancia, cuando obró la transposición del principio primero de lo que es en sí y por sí: el Estagirita declaró que tal principio es indefectiblemente el acto, y, en última instancia, el acto puro, en tanto Hegel lo redujo al concepto (*Begriff*) ante la necesidad de hallar la raíz de las cosas en un plano que guardara una finidad estrecha, si no la identidad, con la misma conciencia. Este panorama preanuncia el drama latente en el monismo de cuño neoplatónico y spinoziano antepuesto a la descripción hegeliana del sujeto. La condición primaria y fundante del sujeto substancial en la filosofía aristotélica, no fue óbice para que el Estagirita entendiera que la materia, de suyo inscrita en el orden de la multiplicidad, conllevara el principio de división que introduce en el universo una pluralidad donde ningún sujeto compuesto garantiza la reducción de todas las cosas a una unidad substancial que entraría en colisión ineludible con la evidencia de aquella multiplicidad. Hegel, en cambio, piensa que la unicidad universal del sujeto le otorgaría el carácter de "una única realidad donde confluyen, en síntesis de identidad y diferencia, lo externo y lo interno, la forma y el contenido, el ser y la esencia, la potencia y el acto, lo pensado y lo pensante".⁶ El sujeto, entonces, es para Hegel *causa sui*, no a la manera en que la escogió Spinoza, dice nuestro autor, sino como algo en lo cual está implícita la posibilidad de un despliegue autosuficiente para atestiguar la libertad intrínseca de aquello que es en sí y por sí, en lo que se observa la aceptación hegeliana

² Cfr. N. HARTMANN, "Aristoteles und Hegel", apud *Kleinere Schriften*, Berlin, 1957, Band II, S. 214-252.

³ Cfr. N. HARTMANN, "Aristóteles y Hegel". Introducción, traducción y notas de M. Sánchez Sorondo: *Pensamiento*, XXXIX (1983), 177-222.

⁴ Cfr. M. HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, 11. Aufl., Tübingen, 1967, S. 428-436; et in "Hegels Begriff der Erfahrung": *Holzwege*, 5. Aufl., Frankfurt am Main 1972, S. 178-184.

⁵ Entre los diversos trabajos de Fabro sobre Hegel, es oportuno mencionar la antología comentada *Hegel: la dialéctica*, 3ª ed., Brascia, 1973, del cual hay traducción española de J. R. Courrèges: *La dialéctica de Hegel*, Buenos Aires, 1969 (Nuevos Esquemas 16).

⁶ M. SÁNCHEZ SORONDO, *Aristóteles y Hegel*, p. 320.

de la premisa aristotélica llamada a dar cuenta del principio autárquico inmanente a todo agente libre.⁷

Mons. Sánchez Sorondo, enfatiza la fascinación que suscitó en Hegel el concepto aristotélico de potencia, pues, además de todo cuanto la potencia remita al mundo de lo finito y de lo limitado, también hay en el Estagirita una noción de potencia activa que se muestra plenamente identificada con el acto puro de la substancia eterna e inmóvil de Dios. Hegel ha explotado este concepto para justificar la excelencia entitativa del espíritu, sobre todo procurando hacer coincidir este Geist absoluto, uno y omnipresente con la intelección que es intelección de sí misma, según el famoso párrafo del libro Lambda de la *Metafísica*.⁸ Quizás sea éste el nudo gordiano del pensamiento de Hegel, como lo palpamos al verificar sus esfuerzos en el desentrañamiento del hondo mensaje del entender subsistente del acto puro, pero en cuya explicación volvemos a captar cómo la dirección inequívoca de sus raciocinios se apartan de la exégesis por la cual Santo Tomás logró compaginar la formulación aristotélica con las exigencias de la dogmática cristiana: "Mientras Hegel sigue la línea horizontal inmanente de la noción de potencia de Aristóteles, que se resuelve en la potencia absoluta de la substancia como proceso de pensamiento, en conciencia y autoconciencia, Tomás eleva la noción de potencia al ser de modo de interpretar la potencia absoluta como la Omnipotencia por esencia del ser por esencia".⁹

La posición de Hegel frente a las sugerencias que le arrimaba la lectura de los escritos de Aristóteles le condujo a situarse cara a cara con el problema fronterizo de la razón humana. Mas Hegel no se detuvo en este escaño terminal de la filosofía, sino que excedió las barreras de las inferencias filosóficas hasta colocarse en una altura donde pretendió narrar todo el proceso evolutivo del ser y de su historia al mismo nivel de la intimidad trinitaria de Dios. La invasión de esta zona del todo misteriosa para la razón filosofante obligó a Mons. Sánchez Sorondo a recordar con Santo Tomás que no es lícito tamaño tránsito del conocer racional hacia una verdad sólo accesible mediante la revelación divina, pero que, aparte de ello, denuncia la "resolución-disolución del proceso eterno en el temporal".¹⁰ Este punto de llegada de la interpretación hegeliana del aristotelismo no es más que el lema permanente del programa de pensamiento de Hegel resumido así en la presentación que de este libro ha hecho Fabro: "La convergencia de Aristóteles y Hegel, o sea, el referirse de Hegel a Aristóteles, ha sido, a la vez, una operación genial y el suicidio último del pensamiento, sin Dios y sin verdad, sin Cristo y sin salvación, abandonados —según la expresión del epílogo Heldegger— a la deriva (*Lichtung*) en lo absolutamente indeterminado".¹¹

El libro comentado en esta nota tiene el valor innegable de remarcar con profusión de argumentos que la hermenéutica hegeliana de Aristóteles supera con creces cualquier ambición de erudición de parte del pensador alemán. Hegel extrajo de las tesis magistrales del aristotelismo un material de inspiración explícitamente aprovechado en favor de su propio sistema. La coherencia entre dichas tesis y las bases del sistema al que Hegel quiso adaptarlas es una cuestión que encuentra a los estudiosos sustentando impresiones controvertidas,

⁷ Cfr. ARISTÓTELES, *Metaphys.* I 2: 982 b 25-28.

⁸ Cfr. *Metaphys.* XII 9: 1074 b 33-34. Véase el comentario de Santo Tomás a este párrafo: *In XII Metaphys.*, lect. 11, n° 2617.

⁹ M. SÁNCHEZ SORONDO, *Aristóteles y Hegel*, pp. 270-271.

¹⁰ *Ibid.*, p. 314.

¹¹ C. FABRO, *presentación* de M. SÁNCHEZ SORONDO, *op. cit.*, pp. 25-27.

mas no cabe dudar del ingenioso expediente por el cual Hegel se las arregló para utilizar las sentencias de Aristóteles a título de antecedentes o, mejor aún, de premisas de las que derivarían, a la manera de consecuencias lógicas, las conclusiones típicas del pensamiento hegeliano. El Aristóteles de Hegel, luego, es el Aristóteles que nunca antes había sido fagocitado por el cogito moderno para conseguir el acabamiento de su proyecto capital, cual es el de disolver el ser en la conciencia. A Hegel estuvo reservado arribar a esta simbiosis del más severo exponente de la ciencia pagana con un pensar en cuyo origen anida la crisis del espíritu cristiano, lo que nos impele a preguntarnos si esta absorción hegeliana del aristotelismo preserva el respeto a la estampa teórica del verdadero Aristóteles histórico. La exégesis aristotélica de Santo Tomás, como bien lo rescata Mons. Sánchez Sorondo, compulsada paso a paso en el texto reseñado, indica que hay modos abiertamente distintos de responder este interrogante.

El libro de Mons. Sánchez Sorondo es de consulta imprescindible para abordar el problema de las relaciones de Hegel a Aristóteles al haber echado luz en derredor de la espesa madeja que se había tejido en torno a este caso a partir de las primigenias querellas entre el aristotelismo del siglo XIX con las corrientes hegelianas.

MARIO ENRIQUE SACCHI

UN TRATADO DE TEOLOGIA NATURAL DE OCTAVIO N. DERISI *

Para encontrar a Dios basta buscarlo en la justa dirección y con las disposiciones necesarias. Dios no es una fórmula matemática, una de aquellas fórmulas difíciles y complejas que sólo pocas mentes geniales pueden descubrir y comprender. Dios no es un pico altísimo y agudo como las cimas de los Andes o del Himalaya que son accesibles sólo a pocos y probados escaladores. Dios no es, tampoco, una estrella de una galaxia alejadísima que sólo potentísimos telescopios pueden ver e individuar.

Dios no es una realidad escondida, lejana de nosotros mismos. Dios habita en nosotros, camina junto a nosotros, vive con nosotros. Podemos percibir siempre y en todas partes un eco de su palabra y el movimiento de sus pasos. Dios está en nosotros; pero, por sobre todo, nosotros estamos en El. Nos circunda por todas partes, nos sigue, nos asedia, nos conquista. Somos suyos; y, por su bondad, El es también nuestro.

Todo discurso sobre Dios debe empezar por la experiencia de Dios; una experiencia que podemos hacer todos sin distinción de edad, de sexo, de cultura o de ocupación y que, a pesar de las muchas distracciones de la vida, alguna vez hemos tenido la fortuna y la gracia de hacer. Se trata de una experiencia singularmente fascinante, una experiencia, al mismo tiempo, dulce y suave, severa y fuerte; pero, substancialmente más viva, más cálida, más íntima y más profunda que cualquier otra experiencia.

Los caminos que conducen a Dios son infinitos e igualmente infinitas las puertas que nos revelan los secretos de su demora. Los caminos que conducen al

* Artículo publicado por BATTISTA MONDIN en *L'Osservatore Romano*, del 20 de mayo de 1989, edición cotidiana en lengua italiana. Traducción castellana del Lic. Edgardo Castro (Roma, junio 15 de 1989).